L’Hospitalet en el corazón

Al comiezo de los setenta, Barcelona, a la que está unida territorialmente la ciudad de L’Hospitalet, la eclipsaba por completo.

¡Y pensar que la primera vez que visitamos el barrio de Bellvitge nos pareció que cambiábamos de siglo!

Fuimos desde la calle Entenza de Barcelona hasta la Plaza de España y allí cogimos el “carrilet” que nos llevaba hasta el barrio de Bellvitge. Cuando vimos aquel trenecillo nos pareció el mismísimo tren de Jim West en el salvaje Oeste. Como el tren era tan estrecho, nos llamó la atención comprobar cómo había jóvenes que desafiando el peligro se encaramaban en la misma techumbre del vagón y tocaban palmas alegremente al son de una guitarra con tres cuerdas y desafinada.

Al llegar a nuestro destino nos recibió una estación aldeana y decadente. Sin embargo nuestra odisea aún no había concluido. El bloque que teníamos que visitar se encontraba justo a la otra punta, junto a la Gran Vía, por lo que nos tocó atravesar descampados imposibles convertidos en auténticos lodazales por las tormentas caídas en los últimos días.

L’Hospitalet en aquellos años era la ciudad más desestructurada del mundo. Combinaba edificios de lástima con fábricas e industrias que pululaban por doquier.

Por aquellos años, Barcelona, a la que está unida territorialmente la eclipsaba por completo.

Sin embargo, han pasado los años y aquella desolación hostil de ciudad de frontera, ha lavado su imagen y ha afianzado su personalidad.

Aquellos horribles descampados del barrio del Bellvitge se han convertido en la actualidad en un conjunto de parques que se van entrelazando unos con otros conectando todo el barrio. Se han convertido en un espacio lúdico para toda la familia y en un pulmón extraordinario de oxigeno para la ciudad.

 L’Hospitalet en el corazón

 Del libro “El otoño de los recuerdos”

 José Luis pablo Sánchez